



El ejemplo de Europa

(Publicado en *Expansión*, el 1 de octubre de 2004)

Florentino Portero

En letra impresa n° 282

1 de octubre de 2004

Europa trata de encontrar su identidad ante un nuevo entorno estratégico y no le está resultando fácil. Dos hechos parecen evidentes. En primer lugar, la relación con Estados Unidos no volverá a ser la misma sin la amenaza soviética, sin el componente de cohesión que dio estabilidad a la Alianza Atlántica. En segundo lugar, la disparidad de culturas políticas dentro de Europa hará imposible una auténtica política exterior y de seguridad común. El choque entre neutralistas y pacifistas de una parte, y aquellos otros más dispuestos a actuar en la escena internacional llevará a posiciones de mínimos y, consiguientemente a que la Unión Europea quede desplazada a una posición de segundo nivel en el concierto internacional.

Los europeos ya sabemos, unos más que otros, que no somos el centro del mundo, pero ¿cómo somos? Leyendo a políticos, analistas y columnistas llegamos a la conclusión de que, a diferencia de los norteamericanos o de los rusos, creemos más en la diplomacia que en la fuerza, aunque llegado el caso podemos considerar esta última; pensamos que el respeto al derecho internacional y a las organizaciones multinacionales es fundamental para asegurar un orden internacional pacífico y más justo; y, por último, que los problemas hay que afrontarlos desde sus raíces, no desde sus efectos. El discurso es coherente y, sobre todo, gratificante. A los europeos nos gusta situarnos un escalón por encima del resto de los mortales en educación y morali-

dad. Pero, ¿tiene este discurso algo que ver con la realidad?

El 30 de Julio el Consejo de Seguridad aprobó la Resolución 1556, en la que reconocía la existencia de una crisis humanitaria provocada por las milicias Janjaweed, crisis que a su juicio suponía una amenaza para la seguridad internacional, por lo que exigía al Gobierno de Sudán que desarmara las milicias y llevara a sus dirigentes ante los tribunales. La crisis en cuestión es el resultado de la agresión de árabes contra subsaharianos, con el resultado, según Amnistía Internacional, de 1.200.000 desplazados, 200.000 de los cuales estarían ya en el vecino Chad, y 30.000 personas asesinadas. Las milicias están según todas las fuentes, vinculadas al gobierno.

El 18 de Septiembre el Consejo volvió a pronunciarse sobre el conflicto, aprobando la Resolución 1564. Conocido el Informe presentado por el Secretario General con fecha 30 de Agosto, el Consejo consideraba que el Gobierno de Sudán no había perseguido ni desarmado a las milicias; que debía hacerlo de inmediato; que la crisis humanitaria tenía que resolverse con la vuelta de los desplazados a su país y a sus casas; que estudiaría si la situación podía considerarse como "genocidio", con todo lo que ello implica; y, por último, valoraría la posibilidad de aplicar sanciones económicas, en relación con la producción de petróleo, en el caso de que continuara el incumplimiento de lo establecido en ambas resoluciones. Hasta la fecha la iniciativa ha corrido a cargo de Estados Unidos, país que considera que lo que está ocurriendo es un "genocidio", mientras que China es el miembro del Consejo

más remiso, por temer el establecimiento de un nuevo precedente de intromisión en asuntos internos de un estado soberano, principio del que se hace valedor para evitar futuras presiones contra ella por represión política ¿Cuál es el papel de los europeos? Evitan la calificación de "genocidio", aunque reconocen los 30.000 muertos y el intento de expulsar a grupos tribales, y tratan de ganar tiempo. El gobierno sudanés está animando la "limpieza étnica" y nosotros dejamos hacer con el argumento de que hay que dar tiempo a la diplomacia.

El tema no es nuevo. Durante la crisis de los Grandes Lagos manifestamos nuestra condena moral por lo que estaba ocurriendo y, conscientemente, no hicimos nada para evitarlo. Aquello dejó una cierta mala conciencia que, unida al brillante papel de Naciones Unidas en Bosnia, llegó a incomodar a la ciudadanía. No se puede hablar tanto de multilateralismo y respeto a los derechos humanos y, al mismo tiempo, permitir masacres como las ocurridas en ambos escenarios. La crisis de Kosovo fue un hito, un aparente "basta ya". Nunca más los europeos se mantendrían inermes frente a la sistemática violación de los derechos humanos por un gobierno. Las cancillerías europeas arrastraron contra su voluntad a Estados Unidos y no tuvieron escrúpulos a la hora de actuar sin la cobertura del Consejo de Seguridad una vez que Rusia amenazó con el veto. Más aún, se estableció un nuevo principio jurídico, la "injerencia humanitaria", que rectificaba el clásico de "no injerencia" cuando el gobierno actuaba contra sus propios ciudadanos creando una "crisis humanitaria".

¿Por qué si en Kosovo estaba tan claro en Darfur no? ¿Por qué rehuimos imponer sanciones a Sudán? Cabe una interpretación racista: en Grandes Lagos y en Sudán la población es de color mientras que en los Balcanes es blanca, pero no parece que ésta sea la razón. En realidad no fue del todo cierto que en Kosovo los gobiernos europeos se movilizaran por razones humanitarias. La política de Milóšević estaba produciendo corrientes de refugiados hacia los países vecinos y su generalización podía llegar a provocar una crisis de mayor envergadura entre dos estados miembros de la OTAN, Turquía y Grecia. Más aún, resultaría muy complicado mantener esta organización en pie si no era capaz de actuar sobre una crisis europea y resolverla. Kosovo era una crisis en Europa que afectaba a la seguridad continental y que algunos prefirieron justificar con criterios morales. Pero los principios entonces esgrimidos no tenían valor universal, sino instrumental.

No es verdad que los europeos estemos en un estadio de civilización superior a los norteamericanos o rusos y tampoco es verdad que nosotros creamos más en la diplomacia o seamos más multilaterales. En realidad, utilizamos la diplomacia y los organismos internacionales para impedir vernos arrastrados hacia crisis extrañas a nuestros intereses. A diferencia de Estados Unidos, que tiene una visión global, los estados europeos siguen pensando que pueden vivir aislados de su entorno, disfrutando de su estado de bienestar. Nuestro compromiso con la resolución de problemas ajenos es muy limitado. El disfrazar esa actitud con grandes argumentos es tan hipócrita como patético, porque los demás son perfectamente conscientes del juego, de nuestra disposición a olvidarnos del derecho internacional y del Consejo de Seguridad cuando nos interesa, y de reivindicarlo cuando de lo que se trata es de no hacer nada.